

TILLIE COLE

*mil
besos
tuyos*

(Por siempre jamás)

 Planeta



Corazones rotos y frascos con besos



POPPY - OCHO AÑOS
HACE NUEVE AÑOS

—¿A dónde vamos, papi? —pregunté mientras él me llevaba hasta el coche tomándome cariñosamente de la mano. Volteé a ver la escuela mientras me preguntaba por qué me sacaba tan temprano. Apenas era la hora del recreo, se suponía que todavía no era el momento de irse.

Mientras caminábamos, mi papi no dijo nada, sólo me apretó la mano. Escudriñé la reja de la escuela con una sensación extraña en el estómago. Me encantaba la escuela, me encantaba aprender, y más tarde teníamos Historia que, sin duda, era mi materia favorita. No me quería perder la clase.

—¡Poppy! —Rune, mi mejor amigo, estaba detrás de la reja y sujetaba las barras metálicas con mucha fuerza mientras me veía irme—. ¿A dónde vas? —gritó. En clase, me sentaba junto a él. Siempre estábamos juntos, y la escuela no era divertida cuando el otro no estaba.

Volteé a ver a mi papá a la cara en busca de respuestas, pero él no me devolvió la mirada. Permaneció en silencio.

—¡No sé! —le grité a Rune.

Él me observó todo el camino hasta que llegamos al coche. Subí a la parte de atrás y me senté en la silla de niños; mi papá me abrochó el cinturón.

Escuché el silbato que anunciaba el final del recreo en el patio de la escuela. Por la ventana vi que todos los niños volvían a los salones corriendo, pero Rune no. Él se quedó mirándome desde la reja. Su cabello largo y rubio volaba al viento cuando articuló con los labios «¿Estás bien?», pero mi papi se subió al auto y arrancó antes de que yo pudiera contestarle.

Rune corrió a lo largo de la reja, siguiendo nuestro coche, hasta que llegó *miss Davies* y lo obligó a entrar al salón.

—¿Poppy? —dijo mi papá cuando perdimos de vista la escuela.

—Dime, papi —contesté.

—¿Ves que abu lleva un tiempo viviendo con nosotros?

Asentí. Mi abu se mudó al cuarto que estaba enfrente del mío hacía poco. Mi mamá me dijo que era porque necesitaba ayuda. Mi abuelito murió cuando yo era bebé, y ella vivió sola durante años hasta que se fue a vivir con nosotros.

—¿Te acuerdas de que tu mamá y yo te explicamos por qué abu ya no podía vivir sola?

Respiré por la nariz y murmuré:

—Sí, porque necesitaba nuestra ayuda. Porque está enferma.

El estómago me dio un vuelco mientras hablaba. Mi abu era mi mejor amiga. Bueno, ella y Rune estaban empatados en el primer lugar. Mi abu decía que yo era exactamente igual a ella.

Antes de que se enfermara, vivíamos muchas aventuras. Todas las noches me leía sobre los grandes exploradores del mundo. Me hablaba de historia, de Alejandro Magno, los romanos y, mis favoritos, los samuráis de Japón. También eran los favoritos de mi abu.

Ya sabía que mi abu estaba enferma, pero ella nunca actuaba como si lo estuviera. Siempre sonreía, me daba unos abrazos

muy fuertes y me hacía reír. Siempre decía que ella tenía rayos de luna en el corazón y la luz del sol en la sonrisa. Me contó que eso quería decir que era feliz.

También me hacía feliz a mí.

Sin embargo, en las últimas semanas abu dormía mucho. Estaba demasiado cansada como para hacer casi cualquier otra cosa. De hecho, la mayoría de las noches yo le leía a ella, y ella me acariciaba el pelo y me sonreía. Para mí estaba bien así porque las sonrisas de mi abu eran las mejores que podía recibir.

—Así es, corazón, está enferma. De hecho está muy, muy enferma. ¿Comprendes?

Fruncí el ceño, pero asentí y respondí:

—Sí.

—Por eso nos vamos a la casa temprano —me explicó—. Ella te está esperando. Quiere verte. Quiere ver a su amiguita.

No entendía por qué mi papi tenía que llevarme temprano a la casa para visitar a mi abu, si lo primero que hacía todas las noches después de la escuela era entrar a su cuarto y hablar con ella mientras estaba acostada. Le gustaba oír todos los detalles del día.

Dimos vuelta en nuestra calle y nos estacionamos en la entrada de nuestra casa. Durante unos segundos, mi papá no se movió, pero luego volteó a verme y me dijo:

—Ya sé que sólo tienes ocho años, corazón, pero hoy tienes que ser una niña grande y valiente, ¿sí? —Asentí. Mi papá me sonrió con tristeza—. Esa es mi hija.

Salió del auto y caminó hasta el asiento de la parte de atrás; luego me tomó de la mano, me ayudó a salir del coche y me acompañó a la casa. Me di cuenta de que había más coches que de costumbre. Acababa de abrir la boca para preguntar de quiénes eran, cuando la señora Kristiansen, la mamá de Rune, cruzó el patio que estaba entre nuestras casas con un plato de comida en las manos.

—James —llamó, y mi papi volteó a saludarla.

—Adelis, hola —respondió. La mamá de Rune se detuvo delante de nosotros. Ese día llevaba suelto el largo cabello rubio, del mismo color que el de Rune. La señora Kristiansen era muy bonita, yo la adoraba. Era amable y decía que yo era la hija que nunca tuvo.

—Les hice esto. Por favor, dile a Ivy que todos están en mis pensamientos.

Mi papi soltó mi mano para tomar el plato.

La señora Kristiansen se agachó para darme un beso en la mejilla.

—Pórtate bien, Poppy, ¿sí?

—Sí, señora —contesté y la observé mientras regresaba a su casa atravesando el jardín.

Mi papá suspiró e hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. En cuanto entramos por la puerta principal, vi a mis tías y tíos en los sillones y a mi primo sentado en el piso de la sala jugando con sus juguetes. Mi tía Silvia estaba sentada con mis hermanas, Savannah e Ida. Eran más chicas que yo, sólo tenían cuatro y dos años. Me saludaron con la mano cuando me vieron, pero la tía Silvia las mantuvo sentadas en sus piernas.

Nadie hablaba, pero muchos se enjugaban los ojos; la mayoría estaba llorando.

Yo estaba muy confundida.

Me recargué en la pierna de mi papi y me aferré a él con fuerza. Había alguien en la puerta de la cocina; era mi tía Della, DeeDee, como siempre le decía. Sin duda, era mi tía favorita. Era joven, divertida y siempre me hacía reír. Aunque mi mamá era mayor que ella, se parecían. Las dos tenían el cabello castaño y los ojos verdes, como yo, pero DeeDee era superbonita. Yo me quería ver igual que ella algún día.

—Hola, Pops —me saludó, pero me di cuenta de que tenía los ojos rojos y su voz sonaba rara. DeeDee vio a mi papi, tomó

el plato que llevaba en la mano y le dijo—: Regresa con Poppy, James. Ya casi es hora.

Iba a irme con mi papi, pero volteé porque DeeDee no nos siguió. Cuando abrí la boca para llamarla, ella se dio la vuelta de repente, dejó el plato en la mesa de la cocina y apoyó la cabeza en las manos. Estaba llorando con tanta fuerza que salían ruidos estridentes de su boca.

—¿Papi? —murmuré con una sensación extraña en el estómago. Él rodeó mis hombros con el brazo y me llevó a otro lado.

—Está bien, corazón. DeeDee sólo necesita pasar unos minutos a solas.

Caminamos hasta el cuarto de abu. Justo antes de que mi papi abriera la puerta, me dijo:

—Mamá está adentro, corazón, y también Betty, la enfermera de abu.

—¿Por qué hay una enfermera? —Fruncí el ceño.

Papi abrió la puerta de la habitación, y mi mamá se levantó de una silla que estaba al lado de la cama de abu. Tenía los ojos rojos y el cabello alborotado. Mi mamá jamás estaba despeinada.

En el fondo del cuarto vi a la enfermera, que estaba escribiendo algo en una libreta. Cuando entré, me sonrió y me saludó con la mano. Después miré a la cama. Abu estaba acostada. El estómago me dio un vuelco cuando vi que le salía una aguja del brazo, con un tubo transparente que iba hasta una bolsa colgada de un gancho metálico a su lado.

Me quedé quieta, de repente sentí miedo. Después mi mamá se acercó a mí y mi abu me miró. Se veía diferente a la noche anterior, estaba más pálida y sus ojos brillaban menos.

—¿Dónde está mi amiguita? —La voz de abu sonaba tranquila aunque rara, pero la sonrisa que me dirigió me hizo sentir abrigada. Me hizo reír y enseguida fui junto a su cama.

—¡Aquí estoy! Vine temprano de la escuela para verte.

Mi abu levantó un dedo y me tocó la punta de mi nariz.

—Esa es mi niña.

Como respuesta, sonreí de oreja a oreja.

—Sólo quería que me visitaras un ratito. Siempre me siento mejor cuando la luz de mi vida se sienta a mi lado y me cuenta algo.

Volví a sonreír porque yo era «la luz de su vida», «la niña de sus ojos». Siempre me decía esas cosas. Abu me confesó en secreto que eso significaba que yo era su favorita, pero también me advirtió que el secreto tenía que guardármelo para mí misma para que mis primos y mis hermanitas no se pusieran tristes. Era *nuestro* secreto.

De repente, unas manos me tomaron de la cintura y mi papá me levantó para que me sentara en la cama junto a abu. Ella me tomó de la mano y me apretó los dedos, pero lo único que noté era lo fría que estaba la suya. Respiraba profundamente, pero sonaba raro, como si algo crujiera en su pecho.

—Abu, ¿estás bien? —pregunté y me incliné para darle un beso en la mejilla. Normalmente olía a tabaco por todos los cigarrillos que se fumaba, pero ese día no olía a humo en absoluto.

Abu sonrió.

—Estoy cansada, chiquilla. Y... —Volvió a respirar y cerró los ojos un momento. Cuando los volvió a abrir, cambió de posición en la cama y dijo—: Y voy a estar lejos un tiempo.

Fruncí el ceño.

—¿A dónde vas, abu? ¿Puedo ir contigo? —*Siempre* nos íbamos juntas a la aventura.

Ella sonrió, pero negó con la cabeza.

—No, chiquilla. Tú no me puedes acompañar al lugar a donde voy. Todavía no. Pero algún día, dentro de muchos años, nos volveremos a ver.

Detrás de mí, mi mamá sollozaba, pero yo sólo miraba fijamente a mi abu, confundida.

—Pero ¿a dónde vas, abu? No entiendo.

—A *casa*, amor —respondió—. Me voy a *casa*.

—Pero estás en casa —repliqué.

—No. —Abu negó con la cabeza—. Esta no es nuestra verdadera casa, chiquilla. Esta vida... pues es una gran aventura mientras estamos en ella. Una aventura que tenemos que disfrutar y amar con todo nuestro corazón antes de emprender la mayor aventura de todas.

Abrí los ojos con emoción, pero después me sentí triste. *Muy* triste. El labio inferior me empezó a temblar.

—Pero somos mejores amigas, abu. Siempre vamos juntas a nuestras aventuras, no te puedes ir sin mí.

Las lágrimas empezaron a caer de mis ojos y a rodar por mis mejillas. Mi abu alzó la mano que tenía libre para limpiármelas. Estaba igual de fría que la mano que yo le estaba sosteniendo.

—Es verdad que siempre vamos a las aventuras juntas, chiquilla, pero esta vez no.

—¿No te da miedo ir sola? —pregunté, pero mi abu sólo suspiró.

—No, chiquilla, no siento ningún miedo. Nada me da miedo.

—Pero no quiero que te vayas —rogué, empezaba a dolerme la garganta.

Abu dejó su mano en mi mejilla.

—Todavía vas a verme en tus sueños. No es una despedida.

Parpadeé y después volví a hacerlo.

—¿Como cuando tú ves a abuelito? Siempre dices que te visita en sueños. Habla contigo y te besa la mano.

—Exactamente así —afirmó. Me limpié las lágrimas. Abu apretó mi mano y miró a mi mamá, que estaba detrás de mí. Cuando volvió a verme, dijo—: Tengo una nueva aventura para ti para cuando yo no esté aquí.

Me quedé quieta.

—¿Sí?

Desde detrás de mí, llegó el sonido de un vaso de cristal que alguien apoyó en la mesa. Hizo que quisiera darme la vuelta, pero antes de eso, mi abu preguntó:

—Poppy, ¿cuál decía que era el mejor recuerdo de mi vida? El que siempre me hacía sonreír.

—Los besos de abuelito. Sus dulces besos de chico. El recuerdo de todos los besos que te dio. Me dijiste que era tu recuerdo preferido. Ni el dinero, ni las cosas, sino los besos que abuelito te dio, porque eran especiales y te hacían sonreír, te hacían sentir querida; porque era tu alma gemela. Tu por siempre jamás.

—Eso es, chiquilla —contestó—. Entonces, para tu aventura...

Abu volvió a mirar a mi mamá. Esta vez, cuando volteé, vi que sostenía un frasco de vidrio lleno de muchísimos corazones de papel rosa.

—¡Guau! ¿Qué es eso? —pregunté con emoción.

Mi mamá lo puso en mis manos y mi abu lo destapó.

—Son mil besos de un chico. Bueno, cuando los hayas llenado.

Abrí los ojos de par en par, tratando de contar todos los corazones. Pero no pude, mil eran muchos.

—Poppy —me llamó mi abu, y alcé la mirada para ver cómo brillaban sus ojos verdes—. *Esta* es tu aventura. Así quiero que me recuerdes cuando no esté.

Volví a ver el frasco.

—Pero no entiendo.

Abu estiró el brazo hasta su buró y tomó una pluma. Me la pasó y me dijo:

—Ya llevo un tiempo enferma, chiquilla, pero los recuerdos que me hacen sentir mejor son de cuando tu abuelito me besaba. No sólo los besos de todos los días, sino los especiales, los que hicieron que el corazón casi se me saliera del pecho. Los que tu abuelito se aseguró de que nunca pudiera olvidar. Los besos en la lluvia, los besos al atardecer, los besos que nos dimos en nuestra graduación..., los besos de cuando me abrazaba con fuerza y me murmuraba al oído que yo era la chica más bonita de la habitación.

Yo escuchaba y escuchaba, llena de emoción. Abu señaló los corazones del frasco.

—Este frasco es para que guardes el recuerdo de los besos de un chico, Poppy. Todos los que hagan que casi te estalle el corazón, los que sean más especiales, los que quieras recordar cuando seas vieja y canosa como yo. Los que harán que sonrías cuando los recuerdes. —Tapó la pluma y siguió—: Cuando encuentres al chico que sea tu por siempre jamás, cada vez que te dé un beso superespecial, saca un corazón. Apunta en dónde estaban cuando te besó. Después, cuando tú también seas abuelita, le puedes contar todo a tu nieta, a tu mejor amiga, así como yo te conté los míos. Tendrás un frasco de tesoros con los besos más preciosos que hagan volar a tu corazón.

Miré el frasco y solté el aire.

—Mil son muchos, ¡son muchos besos, abu!

Mi abu se rio.

—No son tantos como tú crees, chiquilla. En especial cuando encuentras a tu alma gemela. Tienes muchos años por delante.

Mi abu respiró y contrajo la cara como si sintiera dolor.

—¡Abu! —grité, sintiendo mucho miedo de repente. Ella me apretó la mano, abrió los ojos y una lágrima cayó sobre su cara pálida—. ¿Abu? —llamé, más tranquila esta vez.

—Estoy cansada, chiquilla. Estoy cansada y ya casi es hora de que me vaya. Sólo quería verte por última vez para darte este frasco, para darte un beso y poder recordarte en el paraíso todos los días hasta que nos volvamos a ver.

Otra vez empezó a temblarme el labio inferior. Mi abu sacudió la cabeza.

—Sin lágrimas, chiquilla. Este no es el final. Es sólo una pequeña pausa en nuestra vida. Te cuidaré todos los días. Estaré en tu corazón y en el bosquecillo de cerezos que tanto nos gusta, en el sol y en el viento.

Abu cerró los ojos con fuerza y mi mamá puso las manos sobre mis hombros.

—Poppy, dale un beso muy fuerte a tu abu. Ya está muy fatigada y necesita descansar.

Respiré profundamente y me incliné hacia adelante para darle un beso en la mejilla a mi abu.

—Te quiero mucho, abu —susurré. Ella me acarició el cabello.

—Yo también a ti, chiquilla. Eres la luz de mi vida. No olvides nunca que tu abu te quiso tanto como una abuela puede querer a su nietecita.

Sostuve su mano y no quería soltarla, pero mi papá me alzó de la cama y nuestras manos se separaron finalmente. Abracé el frasco con mucha fuerza mientras mis lágrimas caían al piso. Mi papá me bajó y cuando me di la vuelta para irme, mi abu me llamó por mi nombre:

—¿Poppy? —Volteé y vi que ella sonreía—. Recuerda: «rayos de luna en el corazón y la luz del sol en la sonrisa...».

—Siempre lo recordaré —afirmé, pero no me sentía feliz. Lo único que sentía era tristeza. Oí que mi mamá lloraba detrás de mí. En el pasillo, DeeDee pasó junto a nosotras y me apretó el hombro. También ella estaba triste.

Ya no quería estar ahí, en aquella casa. Volteé y vi a mi papá:

—Papi, ¿puedo ir al bosquecillo de cerezos?

Mi papá suspiró.

—Sí, amor. Al rato voy a ver cómo estás. Ten cuidado.

Vi que mi papá sacaba su teléfono y llamaba a alguien. Le pidió que me vigilara mientras estaba en el bosquecillo, pero salí corriendo antes de averiguar con quién hablaba. Me dirigí a la puerta principal, apretando el frasco vacío de los mil besos contra mi pecho. Salí corriendo de la casa y del porche. Corrí y corrí sin detenerme.

Las lágrimas me resbalaban por la cara. Oí que alguien me llamaba:

—¡Poppy! ¡Poppy, espérame!

Me di la vuelta y vi que Rune me observaba. Estaba en su porche, pero enseguida me persiguió por el pasto. Yo no me detuve ni siquiera por él. Tenía que llegar al bosque de cerezos. Era el lugar

favorito de mi abu. Quería estar en su lugar favorito porque estaba triste y ella se estaba yendo al paraíso. A su verdadero hogar.

—¡Poppy, espérame! ¡Detente! —gritó Rune cuando di vuelta en el bosquecillo del parque. Corrí al cruzar la entrada; los árboles, que estaban en flor, formaban un túnel sobre mi cabeza. Tenía el pasto verde bajo mis pies y el cielo azul sobre mi cabeza. Los árboles estaban cubiertos de pétalos rosas y blancos brillantes. Después, en el otro extremo del bosquecillo, estaba el árbol más grande de todos. Su tronco era el más grueso de todo el bosque.

Sin duda, era el favorito de Rune y mío.

Y también el de mi abu.

Me quedé sin aliento. Cuando llegué al pie del árbol favorito de abu, me desplomé en el suelo abrazando mi frasco mientras las lágrimas caían por mi cara. Escuché que Rune se detenía a mi lado, pero no alcé la mirada.

—*Poppymín?* —dijo Rune. Así me decía, significaba «mi Poppy» en noruego. Me encantaba que me hablara en noruego. Murmuró—: *Poppymín*, no llores.

Pero yo no podía evitarlo. No quería que mi abu me dejara, aunque sabía que así tenía que ser. Estaba consciente de que cuando regresara a la casa, ella ya no estaría ahí: ni ahora, ni nunca.

Rune se dejó caer a mi lado y me jaló hacia él para abrazarme. Me acurruqué en su pecho y lloré. Me encantaban los abrazos de Rune: siempre me abrazaba muy fuerte.

—Es mi abu, Rune; está enferma y va a irse.

—Ya sé, me dijo mi mamá cuando regresé de la escuela.

Asentí apoyada en su pecho. Cuando ya no podía llorar más, me senté y me limpié las lágrimas. Miré a Rune, que estaba observándome. Traté de sonreír y, cuando lo hice, tomó mi mano y se la llevó al pecho.

—Me apena que estés triste —dijo estrechándome la mano. Su playera estaba caliente por el sol—. No quiero que estés triste nunca jamás. Eres *Poppymín*; siempre sonríes, siempre estás feliz.

Me sorbí la nariz y apoyé la cabeza en su hombro.

—Ya sé, pero abu es mi mejor amiga, Rune, y ya no estará conmigo.

Al principio Rune no dijo nada, pero después afirmó:

—Yo también soy tu mejor amigo y no me voy a ir a ninguna parte, te lo prometo. Por siempre jamás.

De repente, el dolor que sentía en el pecho dejó de ser tan fuerte. Asentí.

—Poppy y Rune hasta el infinito —dije.

—Hasta el infinito —repitió.

Nos quedamos en silencio un rato hasta que Rune preguntó:

—¿Para qué es ese frasco? ¿Qué tiene adentro?

Retiré la mano, sostuve el frasco y lo alcé en el aire.

—Mi abu me encomendó una nueva aventura, una que va a durar toda mi vida.

Rune bajó las cejas y el largo cabello rubio le cayó sobre los ojos. Lo empujé hacia atrás y él sonrió a medias, como yo. Todas las niñas de la escuela querían que les sonriera así alguna vez, me lo decían. Pero él sólo me sonreía a mí. Yo les decía que de todas maneras no podían tenerlo, era mi mejor amigo y no quería compartirlo.

Rune agitó la mano señalando el frasco.

—No entiendo.

—¿Te acuerdas de cuáles son los recuerdos favoritos de mi abu? Ya te había dicho.

Vi que Rune se esforzaba en recordar y de repente respondió:

—¿Los besos de tu abuelito?

Asentí y jalé un pétalo de flor de cerezo rosa pálido de la rama que colgaba a mi lado. Me quedé viéndolo. Eran los favoritos de mi abu. Le gustaban porque no duraban mucho tiempo. Según ella, las mejores cosas y las más bonitas no duran mucho tiempo. Decía que una flor de cerezo es demasiado hermosa como para durar todo el año, y el hecho de que su vida fuera breve la hacía más especial. Como el samurái: belleza extrema, muerte

rápida. Todavía no estaba muy segura de qué quería decir mi abu con eso, pero afirmaba que ya lo comprendería mejor cuando creciera.

Sin embargo, creo que tenía razón. Porque mi abu no era tan vieja y se iba a ir joven; por lo menos, eso era lo que decía mi papá. Quizá por eso le gustaban tanto las flores del cerezo, porque ella era exactamente igual.

—*Poppymin?*

La voz de Rune hizo que alzara la mirada.

—¿Es correcto? ¿Los recuerdos favoritos de tu abu eran los besos de tu abuelo?

—Sí, todos los besos que le dio y que hicieron que casi le estallara el corazón —respondí dejando caer el pétalo—. Abu decía que sus besos eran *lo más mejor* del mundo porque significaban que la amaba mucho, que le importaba y que le gustaba exactamente por ser como era.

Rune bajó la mirada hacia el frasco y resopló.

—Todavía no entiendo, *Poppymin*.

Me reí por la forma en que sacaba los labios y su cara se deformaba. Tenía labios bonitos, eran muy gruesos y con un arco de cupido perfecto. Abrí el frasco y saqué un corazón rosa en blanco. Lo sostuve entre Rune y yo.

—Este es un beso vacío. —Señalé el frasco—. Abu me dio mil para que los coleccionara a lo largo de la vida. —Regresé el corazón al frasco y lo agarré de la mano—. Es una nueva aventura, Rune: coleccionar mil besos de un chico, de mi alma gemela, antes de morir.

—Yo..., ¿qué..., Poppy? ¡Estoy confundido! —exclamó, pero por su voz me di cuenta de que estaba enojado. Rune podía ser muy sensible cuando quería.

Saqué una pluma de mi bolsillo.

—Cuando me bese el chico al que ame, cuando se sienta tan especial que casi me estalle el corazón, sólo en el caso de los besos extraespeciales, escribiré los detalles en uno de estos corazones.

Es para cuando sea vieja y canosa, y les quiera contar a mis nietos de los besos realmente especiales de mi vida y del dulce chico que me los dio.

Me puse de pie de un salto por la emoción que me embargaba.

—Es lo que mi abu quería para mí, Rune, ¡así que tengo que empezar pronto! Quiero hacerlo por ella.

Rune también se levantó de un salto. En ese preciso momento, una ráfaga de viento lanzó unos pétalos de flor de cerezo justo donde estábamos nosotros y sonreí. Pero Rune no sonreía. De hecho, se veía completamente furioso.

—¿Besarás a un chico para tu frasco? ¿Uno especial, al que ames? —preguntó.

Asentí.

—¡Mil besos, Rune! ¡Mil!

Él negó con la cabeza y arrugó los labios otra vez.

—¡NO! —rugió y la sonrisa se borró de mi cara.

—¿Qué? —pregunté.

Él dio un paso hacia mí sacudiendo la cabeza con más fuerza.

—¡No! ¡Yo no quiero que beses a ningún chico para tu frasco! ¡No lo permitiré!

—Pero... —Trataba de hablar cuando Rune me tomó de la mano.

—Tú eres *mi* mejor amiga —afirmó y sacó el pecho mientras me jalaba de la mano—. ¡No quiero que andes besando a chicos!

—Pero tengo que hacerlo —le expliqué, señalando el frasco—. Tengo que tener mi aventura. Mil besos son muchos, Rune. ¡Muchos! Tú seguirás siendo mi mejor amigo. Para mí, nadie será más importante que tú, tontito.

Me miró fijamente y después al frasco. Me volvió a doler el pecho, por su expresión, me di cuenta de que no estaba contento; otra vez se puso sensible.

Di un paso hacia mi mejor amigo y él fijó su mirada en la mía.

—*Poppymin* —dijo con una voz más profunda, clara y fuerte—. *Poppymin!* Significa «mi Poppy». Hasta el infinito, por siempre jamás. ¡Tú eres MI Poppy!

Abrí la boca para regresarle el grito, para decirle que era una aventura y que *tenía* que comenzar, pero cuando me disponía a hacerlo, Rune se inclinó hacia adelante y de repente apretó sus labios contra los míos.

Me quedé paralizada. Al sentir la presión de sus labios contra los míos, no pude mover ningún músculo. Sus labios eran cálidos y sabían a canela. El viento sopló haciendo que su cabello largo se agitara en mis mejillas y me hiciera cosquillas en la nariz.

Rune se separó, pero mantuvo su cara cerca de la mía. Traté de respirar, aunque sentía algo raro en el pecho, como ligero y suave. Y el corazón me latía muy rápido. Tanto que puse la mano encima para sentir cómo se aceleraba bajo mi piel.

—Rune —susurré. Alcé una mano para tocarme los labios con los dedos. Rune parpadeó una y otra vez mientras me observaba. Extendí una mano hacia él y toqué sus labios—. Me besaste —murmuré, sorprendida. Rune alzó una mano para tomar la mía y las bajó, unidas, a un costado.

—Yo te voy a dar los mil besos, *Poppymin*. Todos esos besos. Nadie más que yo te va a besar *jamás*.

Abrí los ojos de par en par, pero mi corazón no se tranquilizó.

—Eso sería para siempre, Rune. Que *nunca* me bese nadie más significa que estaríamos juntos por siempre jamás.

Rune asintió y luego sonrió. No sonreía mucho, normalmente lo hacía a medias o con ironía. Sin embargo, debía sonreír más, se veía muy guapo al hacerlo.

—Ya lo sé, porque nosotros somos por siempre jamás. Hasta el infinito, ¿te acuerdas?

Asentí despacio e incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Tú me vas a dar todos los besos, los suficientes para llenar *todo* este frasco? —le pregunté.

Rune de nuevo me sonrió un poco.

—Todos. Llenaremos todo el frasco y más..., vamos a coleccionar más de mil.

Contuve el aliento. De repente me acordé del frasco. Retiré mi mano para tomar mi pluma y abrir la tapa del frasco. Saqué un corazón en blanco y me senté a escribir. Rune se arrodilló a mi lado y puso su mano sobre la mía, impidiendo que escribiera.

Levanté la mirada, confundida. Tragó saliva, se acomodó el cabello detrás de la oreja y me preguntó:

—¿Cuando..., cuando te besé... fue..., tu corazón casi estalla? ¿Fue extraespecial? Tú dijiste que sólo los besos extraespeciales podían entrar en el frasco. —Tenía las mejillas muy rojas y bajó la mirada.

Sin pensarlo, me incliné hacia adelante y abracé a mi mejor amigo por el cuello. Apreté mi mejilla contra su pecho y escuché su corazón: latía tan rápido como el mío.

—Sí, Rune, fue tan especial como puede serlo algo especial.

Sentí que Rune sonreía junto a mí, y me aparté. Crucé las piernas y puse el corazón de papel sobre la tapa del frasco. Rune también se sentó con las piernas cruzadas.

—¿Qué vas a escribir? —me preguntó. Me di golpecitos en los labios con la pluma mientras me esforzaba en pensar. Me incorporé y me incliné hacia adelante, apoyando la pluma en el papel:

BESO 1



CON MI RUNE.
EN EL BOSQUECILLO DE CEREZOS.
CASI ME ESTALLA EL CORAZÓN.

Cuando terminé de escribir, regresé el corazón al frasco y cerré con fuerza la tapa. Miré a Rune, que me observó todo el tiempo, y anuncié con orgullo:

—Listo. ¡Mi primer beso de un chico!

Rune asintió, pero bajó la mirada a mis labios.

—*Poppymín?*

—¿Sí? —susurré. Rune tomó mi mano y empezó a trazar dibujos en el dorso con la punta de un dedo.

—¿Puedo..., puedo besarte otra vez?

Tragué saliva, sintiendo mariposas en el estómago.

—Me quieres besar otra vez... ¿ya?

Rune afirmó con la cabeza.

—Hace tiempo que quería besarte y, bueno, eres mía y me gusta. Me gustó besarte, sabías a azúcar.

—Me comí una galleta en el almuerzo. De nuez con mantequilla, las favoritas de mi abu —le expliqué.

Rune respiró profundamente y se inclinó sobre mí. El pelo le voló hacia adelante.

—Quiero hacerlo otra vez.

—Está bien.

Y Rune me besó.

Me besó, y me besó y me besó.

Al final del día, tenía otros cuatro besos de un chico en mi frasco.

Cuando llegué a casa, mi mamá me dijo que mi abu ya se había ido al cielo. Corrí a mi cuarto lo más rápido que pude y me apuré a quedarme dormida. Como me lo prometió, mi abu estuvo en mis sueños, así que le conté de los cinco besos de mi Rune.

Mi abu puso una gran sonrisa y me besó en la mejilla.

Sabía que esta iba a ser la mejor aventura de mi vida.